

Al notar el General Gaona que tantos contratiempos comenzaban a desanimar a su gente, bisoña en su mayor parte, como antes he manifestado, envió al Capitán de fragata D. Buena-ventura Araujo para informar al General Rincón cuál era la situación en que se hallaba y pedirle instrucciones; y aun cuando éste llegó a ofrecerle “doscientos infantes, treinta quintales de pólvora y ochenta artilleros,” para lo cual tenía que dejar sin dotación las baterías de la ciudad, Gaona consideró que aquellos refuerzos no serían bastantes para contener el desastre.

Rincón, entonces, pidió a Santa-Anna, que se le había presentado para ofrecerle sus servicios, al escuchar en su hacienda de Manga de Clavo los disparos, que fuera a inspeccionar las verdaderas condiciones de la fortaleza; lo cual hizo alrededor de las ocho de la noche, y precisamente cuando se hallaban en el castillo dos oficiales de la armada francesa a quienes había enviado Baudin,¹ para contestar a la demanda de Gaona relativa a una suspensión de hostilidades, mientras recogía a los heridos que se hallaban entre los escombros; solicitud que había tenido por objeto no solamente evitar sufrimientos a aquellos infelices soldados, sino impedir que durante la noche los franceses hicieran algún desembarco.

Santa-Anna vió por sí mismo la situación lastimosa de Ulúa y de sus defensores; y como Baudin sólo se había limitado a fijar a Gaona un corto plazo para que resolviera entregarle el castillo, pudo el General Rincón autorizar a Gaona, después de haber reunido una junta de guerra, para que hiciera la capitulación.

A las doce del día siguiente, los supervivientes de aquel sangriento episodio evacuaban Ulúa y el pabellón francés era izado y saludado con salvas por los vencedores.

¹ Algunos historiadores asientan que el Corl. Rodríguez de Cela, por cuyo conducto se solicitó la suspensión de hostilidades, fué quien desde luego recibió la negativa de Baudin.



Mano Rincón

Pero nuestra pena no estaba completa aún, porque en vista de la inutilidad de la defensa opuesta por Ulúa, el General Rincón prefirió no hacer resistencia en Veracruz, sino entrar en arreglos con el contra-almirante francés, que evitaran nuevos derramamientos de sangre.

Para presentar una mejor idea de lo ocurrido, nada es mejor que copiar el parte oficial de Rincón, que es muy poco conocido:

“Tiene ya V. E. conocimiento—escribía—por mis diversas comunicaciones de anoche y la madrugada de hoy, de lo ocurrido hasta la una y tres cuartos de ella, relativamente al ataque que las fuerzas francesas dieron a la fortaleza de San Juan de Ulúa. En virtud de mi última respuesta al Sr. General Gaona, y a que hice referencia en el más reciente de mis citados oficios, levantó con los señores jefes de su mando una acta en que se manifiesta la necesidad en que se hallaba la guarnición del fuerte, por todas las causas que en ella se expresan, de proceder a una capitulación. Con tal documento a la vista, se me presentaron dos oficiales de la armada francesa, trayéndome unas proposiciones de arreglo, relativamente a esta plaza. En vista de todo, reuní en junta de guerra a los señores jefes de esta guarnición, con asistencia del Excmo. Sr. General D. Antonio López de Santa-Anna, resultando que opinasen por un acomodamiento todos los señores jefes que subscribieron una breve exposición en aquel acto. Examinando yo, pues, las razones en que se apoyaban, y teniendo en la más justa y sensible consideración que toda resistencia por parte de la plaza había de ser inevitablemente inútil, puesto que la que pudiera presentar es mucho menor que la de Ulúa, y que sin embargo, el éxito de la defensa de este fuerte había sido tan desgraciado, por los estragos rápidos y considerables que ocasionó la numerosa artillería de la escuadra, cuyo alcance es mucho mayor que el de la nuestra, creí, poseído del mayor dolor, deber pasar por un acomodamiento, si bien limitándome a sólo la plaza, y dejando al cargo del General Gaona según correspon-

día, la capitulación del castillo. Así lo manifesté al Sr. Baudin, y le puse en seguida mis proposiciones, acordadas ya por la junta de guerra, muy semejantes a las que me había dirigido. A todo me contestó verbalmente de conformidad pero insistiendo de nuevo, en un artículo relativo a los franceses que salieron de esta plaza en virtud de la proximidad del ataque, e insistiendo de tal suerte, que no dejaba medio alguno entre convenir en él o abrir de luego a luego la hostilidad contra la plaza, cuyo ejecutivo éxito contra las armas de la República era de todo punto inevitable. En tal circunstancia, si bien haciendo una terrible violencia a mi carácter, juzgué hallarme en la obligación de aprovecharme de las ventajas que presentaba el acomodamiento, las cuales de otra manera no se obtendrían sin utilidad ninguna para el honor nacional, atendida la seguridad que dejó indicada acerca del resultado: así es que no habiendo podido lograr que se conviniese ni en la espera precisa para esperar una contestación de V. E., subscribí el acomodamiento, mientras que la capitulación de Ulúa se llevaba a la vez a su cumplido efecto. Lo ha tenido ya; a las doce de este día evacuó el fuerte la guarnición mexicana, y fué ocupado por las fuerzas francesas.

“Cuál haya sido la enormidad de mi sentimiento en tan críticas y complicadas circunstancias, sólo podrá V. E. graduarla por el que en sí mismo ha de sufrir. Llega él al colmo, señor Excelentísimo, y si fuera susceptible de aumento el causado tan sólo por el hecho de enarbolar en un fuerte mexicano un pabellón extranjero, él se aumentaría por la antecedente positiva seguridad en que consta a V. E. he estado hace largo tiempo de que no podía ser otro el resultado del ataque que nos amagaba. El corto número de artilleros; la escasez con que se han practicado todas las recomposiciones, pues apenas ha podido cubrirse otra cosa que la apariencia; el ser bisoña la generalidad de la tropa que se hallaba a mis órdenes; la novedad de la clase del ataque; los estragos repentinos que él ocasionaba; y la desgraciada casualidad de que volasen dos repuestos

que hicieron desaparecer de un solo golpe a muchos de los defensores del fuerte; todo, todo cooperaba ya, a que la defensa no pudiera ser muy sostenida, aun por tropas bizarras, ya, no siéndolo todas, a que se generalizase en la parte nueva de ellas un desaliento tal, que hacía inútil para reanimarla el esfuerzo heroico de los señores jefes y oficiales, que se han portado del modo más honroso; y si los cortos auxilios que yo podía ministrar no eran suficientes, según dije a V. E. en una de mis precedentes comunicaciones, inevitable era el triste resultado que por siempre llorará la patria, y en que sólo puede culparse a la escasez del erario, a los compromisos enormes del gobierno, a la superioridad indisputable de la artillería enemiga, y muy especialmente a la indicada casualidad de haberse volado los repuestos, infundiéndose con ese hecho un desaliento general en la clase, por desgracia no corta, a que ya he hecho referencia.

“Con relación a esta plaza, suplico a V. E. fije su atención en que contando sólo con los elementos de que tiene V. E. conocimiento sobrado, quizá no hubiera podido resistir ni dos horas al impulso de un ataque semejante al de ayer; ¿y sacrificar víctimas a ciencia cierta de la inutilidad del sacrificio, puede ser debido y razonable? No, ciertamente; ni lo sería tampoco que esta población hubiera padecido del mismo modo infructuoso, perdiéndose las ventajas de que no esté en poder de los franceses, y de que se levante el bloqueo. Ya en mi posición, señor Excelentísimo, elegir de los males el menor, era mi principal deber; el ataque de Ulúa fué terrible; el comportamiento de los dignos jefes, oficiales y soldados antiguos, a quienes se hallaba confiado, fué relevante; del triste éxito que tuvo, quedan designadas las causas; lo están también las que me obligaron a mi determinación subsecuente, y en ella creo haber hecho un servicio, entre otras razones, porque he libertado a muchos valientes de un sacrificio sin la menor duda estéril....”¹

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XX, pp. 144-48.

Las bases del convenio entre el General Rincón y el Contraalmirante Baudin consistían en que la guarnición del puerto sólo sería de mil hombres, pues las demás fuerzas que evacuaran la ciudad deberían situarse a una distancia no menor de diez leguas; y aquella guarnición permanecería sin aumento hasta que se allanaran las dificultades entre México y Francia. El bloqueo se suspendería por ocho meses, comprometiéndose Baudin a que tan pronto como estuvieran concluidas las diferencias entre las dos naciones, el fuerte de Ulúa sería evacuado por las tropas francesas, a las que se permitiría que se proveyeran de víveres frescos en Veracruz. Por último se estipuló que los franceses que se alejaron de la población en el momento de romperse las primeras hostilidades, podrían volver a instalarse donde antes estaban y se les indemnizaría por los daños que hubieran podido recibir durante su ausencia.

En México, donde oficialmente se conocía la carencia de elementos para combatir con éxito a la escuadra francesa, la noticia de la capitulación produjo una sensación tan penosa como en todo el resto de la República; pero lejos de tomar en cuenta aquella falta de recursos, el Gobierno mismo, creyendo culpables a los Generales Gaona y Rincón, o con el solo fin de calmar la ansiedad pública, el día 30 de noviembre, cuando se recibió la noticia, ordenó a Rincón que hiciera entrega del mando al General Santa-Anna; y en seguida se expidieron las leyes conducentes al aumento del ejército permanente a 30,000 hombres; a considerar a México en guerra con Francia, y todavía el día 1.º se declaró que debían salir de la República todos los franceses, excepción hecha de los casados con mexicanas y de los físicamente impedidos.

Entretanto, Baudin se había dirigido al Presidente de la República insistiendo en las bases de arreglo que había propuesto en Jalapa; pero el día 4 Rincón recibió la orden para transferir el mando a Santa-Anna, quien tan pronto como se hubo hecho cargo de él, dirigió una nota al Contraalmirante francés, haciéndole saber la desaprobación del Go-

bierno de México respecto del convenio ajustado con Rincón.

En seguida, Santa-Anna convocó a todos los jefes de la guarnición, para discutir lo que era conveniente hacer; y aunque la junta opinó una vez más que la resistencia era inútil, especialmente porque las condiciones de la plaza eran entonces más desfavorables todavía por la salida de las tropas de Rincón, que habían ido a situarse a Paso de Ovejas, y por la llegada de nuevos refuerzos a la escuadra francesa, Santa-Anna resolvió al fin defender a toda costa Veracruz, cuyas puertas había mandado cerrar de antemano.

Baudin respondió a Santa-Anna, que aunque se consideraban rotas las hostilidades, no atacaría desde luego, a menos que fueran molestados los subditos franceses, que habían regresado a sus hogares. Santa-Anna se limitó a decir a los enviados de Baudin, que contestaría al día siguiente, pero que nada tenían que temer los habitantes pacíficos, y en seguida se dirigió a los cuarteles para arengar a las tropas y alentarlas para el combate.

Como a las diez de la noche llegó por la puerta de México el General Arista a quien Santa-Anna había ordenado que avanzara con las fuerzas que se habían puesto a su mando para ayudar al General Rincón, y desde luego Santa-Anna dió orden para que penetrara al departamento donde estaba alojado. Allí se reconciliaron, pues hacía tiempo que estaban disgustados, y tras de esta reconciliación combinaron los planes para la defensa de la ciudad.

Según Santa-Anna refiere en su parte oficial, existía un parlamento entre Baudin y él, que debería terminar a las ocho de la mañana del día siguiente, en virtud de la respuesta verbal que le había dirigido con sus enviados; pero o Baudin no tuvo en cuenta la comunicación verbal de Santa-Anna, o deliberadamente faltó al parlamento; pues dispuso un desembarco en la madrugada, y aprovechando una espesísima niebla sus fuerzas penetraron a la ciudad, tratando, entre otras cosas, de apoderarse de los Generales Santa-Anna y Arista.

El Contra-almirante francés, en su parte oficial, dice acerca de esto último: "S. A. R. el Príncipe de Joinville, seguido de los oficiales de la *Criolla*, de su destacamento de marina y de una parte de los artilleros se dirigió a paso de carga hacia la casa habitada de los Generales Santa-Anna y Arista; la guardia colocada en la parte exterior hizo fuego y se arrojó a la casa. Muy pronto se trabó un combate en los portales del patio, en la escalera y hasta en las recámaras, que fué preciso forzar una después de otra, matando a los mexicanos que la defendían. Por nuestra parte tuvimos muchos heridos, entre otros al Capitán de Ingenieros Gauchart, al Teniente Goubin del buque de vapor Faeton y al alférez Morel del mismo buque.

"Penetraron al fin en la habitación del General Arista: un segundo maestre de la *Criolla* se arrojó a él y lo asió del cuerpo. El Príncipe llegó en aquel momento y recibió la espada del General. Se registró la casa pero no se pudo encontrar en ella al General Santa-Anna: la resistencia de su guardia le había dado tiempo para salvarse por las azoteas cuya construcción favorecía su fuga. Hice conducir al General Arista y a los oficiales mexicanos a bordo del coracero; allí fueron tratados con todos los miramientos debidos a su posición."¹

Lerdo de Tejada, en sus *Apuntes Históricos* ya citados, nos refiere que la explosión de un petardo, por medio del cual penetraron por la parte del muelle los asaltantes, despertó al General Santa-Anna, quien saltando de la cama se vistió violentamente, "salió a la calle y tomando algunos de los soldados que había en la puerta marchó por las calles del Coliseo, Calzeta, Santo Domingo y la Merced hasta llegar a los cuarteles, debiendo a la neblina el no haber sido visto por los franceses, que entraban en el palacio cuando él atravesaba la Plaza de Armas."

El mismo Lerdo de Tejada nos informa que las fuerzas que acompañaban al Príncipe de Joinville, irritadas tanto por la

¹ Véase cómo se refiere este hecho en la hoja de servicios del Gral. Arista.

resistencia que se les había hecho, como principalmente porque se les hubiera escapado su presa, "cometieron algunos desórdenes, destruyendo a balazos y golpes de sable muchos de los muebles que había en ella, (en la casa), haciendo varias heridas al ayudante Jiménez, que se encontraba a la puerta del cuarto de Santa-Anna y matando también, aunque sin intención, con uno de sus tiros, a la infeliz cocinera de la casa, que en medio de aquella invasión se había encerrado en un cuarto.

"También extrajeron de aquella casa, dice, una caja con \$2,400.00, cuya suma, considerada como botín de guerra se distribuyó luego por orden de Monsieur Baudin entre los heridos de aquel día."

Las fuerzas francesas que habían sido destinadas a clavar los cañones, destruir las cureñas y en suma desarmar el puerto, pudieron con bastante facilidad llenar su cometido, dada la sorpresa con que habían podido iniciarlo, en razón de la niebla y porque a excepción hecha de la tropa que guarnecía el baluarte inmediato al hospital militar de San Carlos, la demás se había retirado. Sin embargo, las cosas no habían terminado allí, porque Santa-Anna, que logró llegar a los cuarteles, resolvió defenderse aprovechando las trincheras formadas con sacos de tierra que había en sus puertas y ventanas y utilizando toda la tropa que allí había podido reunirse. Cuando los franceses se presentaron por la calle de las Dañas, las tropas de Santa-Anna les hicieron fuego y "se entabló una acción bastante reñida, estableciendo el Príncipe una trinchera en la misma calle con colchones y tercios de mercancías que mandó sacar de las casas inmediatas, y situando en ella un pequeño obús que habían bajado de la escuadra; pero después de sostener aquella lucha por dos o tres horas, con pérdida de alguna gente y sin avanzar nada, por el vivo fuego que les hacían de los cuarteles, el cual no se interrumpió a pesar de haber puesto los franceses, no sé con qué objeto una bandera de parlamento, dispuso Baudin que se retiraran, y marcharon todos hacia el

muelle para embarcarse, no habiendo sido su intención, como he dicho antes, la de apoderarse de la Ciudad."

"Sabido esto por Santa-Anna, que en aquel momento se hallaba fuera en el punto llamado el Matadero, quiso ir a batirlos en su retirada; y aunque para esto no contaba con fuerzas suficientes, por no haber llegado todavía la división que estaba en Santa Fe y haberse dispersado durante aquella sorpresa la mayor parte de la corta guarnición que había en Veracruz, determinó siempre ir siquiera a hostilizarlos en el acto de su embarque y poniéndose al frente de una columna de trescientos hombres, marchó hacia el muelle, siguiendo el costado interior de la muralla; pero al presentarse frente a la puerta de ésta, los franceses, que para tal evento habían colocado en la punta del muelle un cañón que estaba en la calle de San Agustín, cargado a metralla, lo dispararon sobre las fuerzas de Santa-Anna, y aquél tiro fué de un efecto funesto para ella, pues además de herir en la pierna y mano izquierda a este general, matando también su caballo, quitó la vida en el acto al Capitán Campomanes, al alférez Solís y a siete soldados, hiriendo más o menos gravemente a otros nueve."¹

En este caso, como acontece casi siempre en que hay dos partes interesadas, los informes oficiales difieren substancialmente, pues si Baudin declara que ordenó el reembarque de sus fuerzas, toda vez que el único objeto de su expedición era el desarme de la ciudad y que éste se había efectuado a toda su satisfacción y que además "esta retirada era tanto más necesaria cuanto que se temía un fuerte norte anunciado por el estado de la atmósfera y que habría hecho imposible la vuelta de los comandantes y de las tripulaciones a bordo de sus buques, anclados la mayor parte a una gran distancia y sin ningún abrigo," Santa-Anna en su parte oficial presenta esta retirada como indispensable para Baudin cuando asegura: "... a la cabeza de una columna tuve la gloria de retirar la invasión,

¹ Lerdo de Tejada. Op. cit.

no obstante la sorpresa que lograron, precisándoles a reembarcarse, a la bayoneta, quitándoles en el mismo muelle una pieza de a ocho, que será para siempre el monumento del valor de los nuestros."

Santa-Anna, no sé si de un modo sincero o como uno de esos rasgos característicos de su agudeza política, y esto es lo más probable, añade: "Vencimos, sí, vencimos; las armas mexicanas lograron un triunfo glorioso en la plaza y quedó triunfante el pabellón mexicano. Yo fuí herido en este último esfuerzo y probablemente esta será la última victoria que ofrezca a mi Patria...."

"Al concluir mi existencia, no puedo dejar de manifestar la satisfacción que también me acompaña de haber visto principios de reconciliación entre los mexicanos. Dí mi último abrazo al General Arista, con quien estaba desgraciadamente desavenido, y desde aquí lo dirijo ahora a S. E. el Presidente de la República, como muestra de mi reconocimiento por haberme honrado en el momento del peligro; lo doy asimismo a todos mis compatriotas, y les conjuro por la patria que se halla en tanto peligro, a que depongan sus resentimientos, a que se unan todos formando un muro impenetrable donde se estrellará la osadía francesa.

"Pido también al gobierno de mi patria que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo para que sepan todos mis compañeros de armas, que ésta es la línea de batalla que les dejo marcada: que de hoy en adelante no osen pisar nuestro territorio con su inmundia planta los más injustos enemigos de los mexicanos. Exijo también de mis compatriotas, que no manchen nuestra victoria atacando las personas de los indefensos franceses, que bajo la garantía de nuestras leyes residen entre nosotros para que siempre se presenten al mundo magnánimos y justos, así como son valientes defendiendo sus sacrosantos derechos."

Santa-Anna probablemente jugaba en este momento su última carta, según el antiguo decir: si moría, con su muerte lo-

graba que su nombre quedara ligado más a este hecho de armas que a la funesta batalla de San Jacinto; si lograba escapar con vida podría asegurar una vez más en su favor la volubilidad política del pueblo mexicano.

Lo cierto es, que el Almirante Baudin, después de reembarcado, hizo que su escuadra rompiera sus fuegos sobre la ciudad, fuego que duró dos horas, más o menos, aun cuando no pudo dañar a las tropas de Santa-Anna y a los pocos moradores que habían quedado en la ciudad, porque aquellas se habían retirado a "Los Pocitos" y los habitantes habían desocupado la población casi por completo, durante la refriega.

Mi erudito amigo el Sr. D. Fernando Iglesias Calderón, comentando este hecho de armas, transcribe en parte la refutación que D. Francisco de P. Orta hizo del manifiesto de la guarnición de Veracruz "sobre los sucesos memorables del 5 de diciembre de 1838, verificados en aquella plaza," refutación de la cual aparece que Santa-Anna no permaneció en los cuarteles durante la resistencia que ellos hicieron y que mencionan tanto Baudin, en su parte, como Lerdo de Tejada en sus Apuntes Históricos; sino que del Cuartel Landero pasó al Hidalgo por una vía subterránea y de allí "por escalera de mano se tiró al campo yendo a situarse al Matadero, con lo cual quedó abandonada la plaza, por la vergonzosa fuga del General en Jefe;" y en virtud de aquellos comentarios, Iglesias Calderón concluye que: "la conducta de Santa-Anna aquel día no fué digna ni valerosa, aunque parezcan demostrar lo contrario su caballo muerto y su persona herida."¹

Aquella dificultad con Francia sería terminada más tarde por la diplomacia y no por las armas.

¹ Iglesias Calderón. La patente de patriotismo concedida a Don Antonio López de Santa-Anna, por el Sr. Lic. Don Justo Sierra, Profesor de Historia Patria. Artículos publicados en "El Diario del Hogar." Cap. V.

* * *

Es imposible que dentro de los estrechos límites que debe alcanzar este prólogo, mucho más extenso ya de lo que debiera haber sido, pueda caber la relación siquiera sea sucinta de los diversos movimientos subversivos que se realizaron en el tiempo comprendido entre el más trascendental de todos ellos, el de Texas, y la guerra con los Estados Unidos, que es el período que aún me propongo someramente recordar. Mas precisa decir, que el General Urrea, que tantas pruebas de actividad y de eficacia había dado en la campaña de Texas y que después había sido substituído por D. Nicolás Bravo, cuando se vió que aquella actividad no existía más, se levantó poco después en Sonora y llevó la discordia a aquella porción de nuestro territorio; que D. Pedro Lemus se pronunció en Coahuila; que Don José Antonio Mejía, en combinación con Urrea, estuvo operando en Tamaulipas; y, finalmente, que el Estado de Yucatán amenazó con una escisión de la República, y que cada uno de estos movimientos trajo consigo, como era natural su cortejo de horrores y desastres.

Uno de esos movimientos, sin embargo, sí amerita ser recordado especialmente, por haberse multiplicado en él los días de angustia y de temores que los habitantes de la capital sufrieron con la conspiración de Lobato y con la célebre insurrección de la Acordada.

Si entre los militares mexicanos que vivieron en la primera mitad del siglo XIX es imposible hallar un espíritu más inquieto que el de Santa-Anna, imposible también es encontrar entre los civiles un espíritu revolucionario más tenaz que el de Don Valentín Gómez Farías, hombre sin duda inteligente y hábil para buscar los medios de triunfo para sus ideas anticlericales; y por esto es que en cada ocasión en que surgió algún movimiento para oponerse a las tendencias del clero o para comba-

tir a los políticos conservadores, encontramos a Gómez Farías, aunque éste casi siempre proclamó ideas radicales, y el pensamiento único de Santa-Anna parece haber sido en todo tiempo el ser dominador de los demás, por cualquier medio.

Por esto creo que cuando Urrea se sublevó contra el gobierno de Bustamante, que por segunda vez ocupaba la primera magistratura de la nación, debe haber tenido ligas más o menos estrechas con Gómez Farías; porque es de llamar la atención que al estallar la rebelión en esta capital, cuando Urrea fué traído prisionero y en seguida ayudado a evadirse de la prisión, Gómez Farías aparece como "General en Jefe" de los rebeldes, en tanto que Urrea sólo es "Mayor General."

Mas unidos o nó desde entonces, tengo para mí, que el verdadero autor de la asonada en esta ciudad fué Gómez Farías, toda vez que para detener al Presidente Bustamante en Palacio, y que el motín comenzara verdaderamente, había sido necesario ir a sacar a Urrea de su prisión; y es casi seguro que Gómez Farías había preparado el movimiento, aun cuando él pretendió que no había tenido conocimiento de la rebelión sino cuando ya había estallado y le habían ofrecido la jefatura de los rebeldes, que fué cuando "pasó a palacio seguido de un enjambre de léperos, que veían en él un apoyo firme de la revolución."¹ Urrea era demasiado ambicioso, a mi entender, para ponerse a las órdenes de un civil, en calidad de segundo, si el civil no tenía razones bastante poderosas para reclamar el primer puesto; y en aquella ocasión eran nada menos que el haberle permitido quedar libre, tomar venganza de quienes lo habían reducido a prisión, y tal vez el escalar puestos superiores a los que había logrado hasta entonces.

Algún historiador contemporáneo de Gómez Farías y de Urrea, después de dar cuenta de la manera en que éste fué libertado del depósito militar de Santo Domingo, que se hallaba

¹ Bustamante. Gabinete Mexicano. Vol. II, p. 63.

2.
 José Urrea
 José Farías

José Simón
 Man. María
 Surrillada

Rafael Argueta
 M. de la Cruz
 Barragan

Andrés Bello